



PANEM ET CIRCENSES



David Álvarez Jiménez

PANEM ET CIRCENSES

**UNA HISTORIA DE ROMA
A TRAVÉS DEL CIRCO**

Prólogo de David Hernández de la Fuente

Alianza Editorial



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© David Álvarez Jiménez, 2018
© del prólogo, David Hernández de la Fuente
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-296-8
Depósito legal: M. 23.766-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es



*A Amanda Violeta,
que maneja las riendas de su enojado carro*



ÍNDICE

Prólogo	11
Introducción	17
Parte I. Un paseo por la historia del mayor espectáculo del mundo	23
La génesis de las cuadrigas. El mundo de los carros de combate	24
Los antecedentes griegos del circo romano	30
El circo en la Roma monárquica y republicana	35
Augusto, maestro de espectáculos	54
Los juegos circenses en el Alto Imperio romano	64
La provincialización de la competición ecuestre romana	124
Los espectáculos circenses durante la Crisis del siglo III y el Bajo Imperio romano	147
El circo en el Occidente posromano	240
El circo en el mundo bizantino	266
Parte II. El mundo del circo romano	327
La pasión por el circo	327
El circo como espacio de competición	380
Los actores del circo	404
Un día en las carreras	441
Anexo 1. Listado de emperadores romanos	483
Anexo 2. La carrera del auriga Diocles contada por él mismo	485



Bibliografía

Fuentes primarias	489
Fuentes secundarias	501



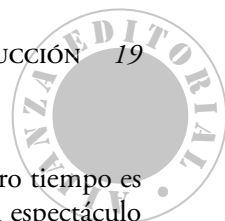
INTRODUCCIÓN

Imaginemos una sociedad en la que la mayor parte de la población, independientemente de sus posibles, está de tal manera enganchada a un entretenimiento que éste constituye el más relevante y frecuente tema de conversación, tanto en las calles como en los bares, en el trabajo como en la escuela o en las cenas formales, y sus aficionados no disfrutan tanto del espectáculo en sí como de la fidelidad a unos colores que sienten como propios y que rivalizan con otros por la victoria. Hasta tal punto que llega a convertirse en una especie de religión, y mientras algunos no pueden dormir por la tensión y expectación que los sobrecoge la víspera del espectáculo, otros acampan delante de la cancha para así obtener las mejores localidades y ver en plenitud a sus ídolos, cuyo estado de salud y rendimiento deportivo les parecen más importantes para sus vidas que el correcto devenir del Estado y, en consecuencia, estiman que una lesión sería más gravosa que el peor de los casos de corrupción, siendo sus protagonistas modelos para la sociedad, en especial para los niños. Por el contrario, aquellos que aborrecen este entretenimiento lo consideran pueril, brutal y absurdo, una mala influencia que únicamente sirve para distraer a la gente de los problemas de su tiempo. Imaginemos una sociedad en la que miles de personas se unen bajo sus colores para vitorear a sus ídolos, para dedicarles cánticos y canciones que los definen como grupo mientras abuchean y se enfrentan a sus rivales, dispuestos a romper con amigos y parientes por este choque de fidelidades. Y aún hay más: aunque la mayor parte de los aficionados sean fieles a sus escuadras y se conozcan al dedillo las estadísticas de sus ídolos, también existen quienes, radicalizados hasta el límite, no se contentan con la lealtad incorrupta hacia sus colores, sino que tienen que imponerse a sus rivales de la manera que sea, sin rehuir el más crudo uso de la violencia, incluso contra los cuer-



pos de seguridad, llegando a provocar muertes en el transcurso de tales demostraciones de fuerza. Por otra parte, de forma curiosa, estos aficionados, en especial los más exaltados, no dudan en llevar al escenario de sus sueños reivindicaciones sociales con la esperanza de que con su denuncia sean atendidas. Estas imágenes intemporales, que bien podrían ser asumidas sin ambages en las actuales Madrid, Mánchester, Nápoles, Buenos Aires, Río de Janeiro o Moscú, representan la realidad vivida en las mayores ciudades del Imperio romano, tanto en la mismísima Roma como en Constantino-pla, Cartago, Alejandría o Antioquía, amén de otras muchas urbes menores. Sin embargo, a diferencia de los tiempos actuales, en los que el fútbol es, sin duda, el gran espectáculo de masas desde hace algo menos de siglo y medio, en el pasado tal papel de privilegio lo desempeñó el circo, puesto que las carreras de carros desataron una verdadera locura durante los más de mil años en los que se mantuvo su vigor. Por eso resultó delicioso comprobar cómo ambos espectáculos supremos confluían el 9 de julio de 2006 en el mismísimo Circo Máximo de Roma, donde aficionados romanos contemplaban, a través de las pantallas instaladas en el antiguo valle de Murcia, la final del Mundial de fútbol que se disputaba en Berlín entre la Italia de Cannavaro y la Francia de Zidane.

Este volumen tiene como meta presentar precisamente el más grande de los espectáculos romanos, aquel que, aunque compitiera durante bastantes siglos con otros entretenimientos como las luchas de gladiadores o las *venationes* (cazas de animales), ocupaba el lugar más importante dentro del corazón romano, como lo demuestran su extraordinaria vigencia y preponderancia sociopolítica en el largo período aquí abordado. No era un mero deporte, si entendemos por deporte una práctica recreativa más o menos accesible para el conjunto de la población, sino un espectáculo de consumo, diseñado para el disfrute de las masas y que era ejecutado por profesionales. Ésta es la razón por la que nos resulta tan fascinante a pesar del tiempo transcurrido. Incluso con las enormes diferencias que nos separan de ese pasado, la influencia directa de la Roma antigua que se percibe en tantísimos órdenes de nuestra vida y mentalidad hace que no dejemos de vernos como sus herederos. En el caso de los espectáculos públicos, esa relación es inevitable, pues ambas épocas se caracterizan por el predominio de formas de entretenimiento de masas —aunque, todo sea dicho, esta cercanía conceptual puede distorsionar la realidad a través del espejo deformante de la historia—. Para muchos, el circo suponía un modo de vida, como se observa en su filiación a alguno de los cuatro colores o facciones que competían entre sí, los azules y los verdes principalmente, aunque también había seguidores rojos y blancos.



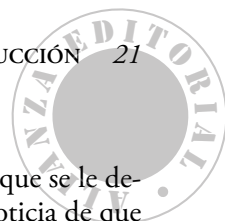
Por otro lado, hay que hacer una aclaración previa. En nuestro tiempo es muy habitual confundir el mundo del circo con el de otro gran espectáculo (asimismo público, pues las diversas administraciones y los magistrados se preocuparon por su organización y financiación): las luchas de gladiadores, que en las fuentes se denominan *munera* —*munus* significa «deber» y alude a la obligación de celebrarse en los funerales, ya que así surgió esta tradición—, mientras que para referirse a las carreras se utilizaba el término de *ludi* —*ludus* en singular, que significa «juego»—. No en vano, hoy no es infrecuente ver cómo en la literatura, en la prensa y en el resto de medios de comunicación se confunde el circo con el anfiteatro, siendo el primero el propio espectáculo de las carreras de carros y también el espacio destinado a ello —en las zonas grecófonas se le denominaba hipódromo—, y el segundo el lugar donde se celebraban las luchas de gladiadores. Este error se debe sobre todo al uso indiscriminado del clásico aforismo *panem et circenses* («pan y circo») del satirista Juvenal, sobre el que se hablará ampliamente. No se puede soslayar la importancia brutal que los juegos circenses tuvieron en el mundo romano, aunque en el presente resulte en líneas generales más atractiva y conocida la figura del gladiador, tal y como se observa en la cultura popular. Valgan los míticos ejemplos cinematográficos del Máximo Décimo Meridio de *Gladiator* (2000), de Ridley Scott, o del Espartaco interpretado por el gran Kirk Douglas en la película homónima dirigida por Stanley Kubrick (1960), frente al escaso protagonismo del circo romano en el cine, salvo las cuatro adaptaciones de *Ben-Hur* (a partir de la novela de 1880 de Lew Wallace) en 1907, 1925, 1959 y 2016, en especial la magnífica película protagonizada por Charlton Heston y dirigida por William Wyler (1959), que sin duda también supone un hito de la cultura fílmica pese a las diversas inexactitudes históricas que arroja. La secuencia de la carrera de carros permanecerá para siempre en la retina de todos, puesto que refleja de forma intensa y adrenalínica la emoción que los antiguos sentían en espacios míticos como el Circo Máximo de Roma o el Hipódromo de Constantinopla. Asimismo, es recomendable la larga escena circense de la película muda de 1925, que, igual de emocionante, se muestra un poco más fiel a la realidad histórica.

Así pues, nuestro fin es introducir al lector en la fascinante historia de un espectáculo que condicionó, para bien y para mal, muchos episodios de la historia antigua, algunos incluso de enorme relevancia, y que define toda una sociedad y una época, pese a los cambios que se advierten en los largos siglos abarcados en el libro. Este acercamiento se realiza, fundamentalmente, a partir de una revisión concienzuda de las fuentes primarias, sobre todo las literarias, es decir, las históricas, jurídicas, religiosas, de ficción, laudatorias, etc., pero sin obviar en la medida de lo posible las epigráficas, papiro-



lógicas, arqueológicas o iconográficas, amén de la bibliografía secundaria especializada contemporánea. Se da voz a los testimonios escritos que resultan básicos para comprender el mundo romano, pero que no suelen valorarse de primera mano, sino a través del tamiz de intermediarios, como lo son los historiadores o los divulgadores históricos. Se pretende que el lector, aunque obviamente la labor del que suscribe este texto sea actuar como mediador respecto a este pasado, disfrute de un contacto directo con testimonios luminosos y vitales, perfectamente referenciados, para que, si lo desea, pueda verificar y ampliar los horizontes de su curiosidad histórica merced a las buenas oportunidades que la tradición editorial española ofrece. En efecto, en España tenemos la suerte de contar con una gran tradición traductora de los clásicos antiguos, como lo demuestra, por ejemplo, la serie «Clásicos de Grecia y Roma» de Alianza Editorial. Con las referencias que aparecen en la última sección del libro, animamos al lector a que la siempre positiva inmersión en los restos arqueológicos del pasado se vea complementada con la esencia vital de quienes navegaron las procelosas aguas del tiempo romano. Sin embargo, resulta necesario partir de una premisa clara: los textos también tienen sus limitaciones y no son inocentes; han de interpretarse y conocerse las motivaciones e intereses que llevaron a su plasmación y que, en muy buena medida, alteran tanto el discurso como los hechos presentados, sin por ello negar su veracidad, sea o no plausible. De hecho, en el ámbito de los espectáculos hay que tener mucho cuidado de las críticas acendradas, a veces bastante hipócritas, en especial por parte de ciertos intelectuales, cuyo tono fue seguido por la inmensa mayoría de las fuentes cristianas, que atacaron el espectáculo pese al enorme predicamento social que tenía en su tiempo. La asociación de determinado personaje con los espectáculos, fuera real o no, se manipulase o no, podía implicar críticas descarnadas en el ámbito de la historia política imperial que delimitasen su buena o mala fama. No obstante, ni siquiera desde este plano se puede establecer un criterio uniforme, puesto que tal asociación podía adquirir unos tintes positivos o negativos según los intereses del autor de turno, aunque la totalidad de los emperadores conocía el valor intrínseco del circo y casi todos, con alguna honrosa excepción, lo utilizaron para sus fines. Sin embargo, aun a riesgo de que algunos datos resulten sospechosos o complicados de asimilar, se ofrecen al lector sin rehuir los intereses subyacentes de las fuentes.

Se ha partido de una perspectiva cercana a la del puzle histórico, pues por desgracia escasean las fuentes focalizadas exclusivamente en el ámbito de los espectáculos. No hemos tenido acceso a ninguna, salvo a algunas concretas que, indefectiblemente, tenían como fin desprestigiarlos por razones morales o religiosas, si bien sabemos que existía una amplia obra escrita que



no ha llegado hasta nosotros. Por ejemplo, gracias a la biografía que se le dedicó en la *Historia Augusta* al emperador Claudio II, tenemos noticia de que un historiador llamado Galo Antípater, del que no disponemos de ningún documento, escribió un libro sobre el mundo de los gladiadores que le valió el reproche de «deshonra de los historiadores» (*SHA Claud.* 5.5). Éste es un caso concreto relativo a un espectáculo determinado, pero tenemos constancia de que hubo más materiales escritos relativos al circo, aparte de muchos más testimonios hoy perdidos. No obstante, pese a estas carencias, se puede intentar reconstruir la historia del circo romano con las fuentes disponibles, haciendo uso a modo de puzle de todos los testimonios existentes, algunas de cuyas mejores fuentes, no de forma casual, son precisamente aquellos textos que se muestran más críticos.

Con respecto a la organización del libro, se divide en dos grandes partes. La primera, titulada «Un paseo por la historia del mayor espectáculo del mundo», tiene como objetivo llevar a cabo un recorrido histórico diacrónico del circo desde sus más remotos antecedentes hasta el año 602 (cierra el volumen la muerte del emperador bizantino Mauricio), prestando una atención preferente al mundo imperial. En consecuencia, el criterio expositivo es cronológico y, además, se vehicula en torno a los sucesivos reinados. Sin embargo, no se pretende tan sólo narrar los hechos circenses, sino relacionarlos con los acontecimientos contemporáneos, por lo que no se descuida una introducción o un contexto de la historia romana desde un plano tanto político como militar, social o religioso. La única excepción es un pequeño apartado cuyo fin es presentar esquemáticamente la difusión provincial de este espectáculo, que surgió en la misma Ciudad Eterna para luego expandirse por todo el Imperio. También ha de constatarse que, una vez que el Imperio de Occidente finaliza su existencia con la caída de Rómulo Augústulo, la trayectoria narrativa se bifurca en dos vías: por un lado, la pervivencia del circo en los reinos bárbaros sucesores y, por otro, su recorrido en el mundo bizantino temprano.

La segunda parte de la monografía, «El mundo del circo romano», tiene como objeto mostrar algunas de sus claves mediante el análisis somero de los fundamentos del espectáculo. Partiendo de la enorme pasión que despertaba, sigue con la presentación de los actores esenciales en su desarrollo y se cierra con la descripción de un día tipo en los juegos circenses tal y como debían de desarrollarse en las urbes más importantes, sobre todo en Roma. Después hay dos anexos: el primero es un listado de los emperadores romanos; el segundo, el texto de la inscripción honorífica que se le dedicó en vida a Diocles, probablemente el mayor auriga de la historia de la Antigüedad, que constituye un revelador testimonio sobre el mundo de las ca-



rreras. Finalmente se incluye la bibliografía de fuentes primarias y secundarias empleadas.

Quisiera acabar esta introducción con unos agradecimientos. En primer lugar, desearía acordarme de aquellas personas con las que he debatido de forma habitual y constante, hasta el aburrimiento, sobre el circo romano, como lo son Javier Acherkouk y Emilio Gamo Pazos, que han mostrado una paciencia digna de encomio durante muchos meses. Debo citar también a Saúl Martín González y a Sergio Remedios Sánchez, con quienes comparto trifulcas y discusiones amistosas sobre el circo de nuestro tiempo, mientras que resultaría un error imperdonable no acordarme de David Hernández de la Fuente por el anzuelo que me tendió para que este libro fuera una realidad. También quisiera agradecer la estupenda amabilidad de los bibliotecarios de la Biblioteca de Filología Clásica de la Universidad Complutense de Madrid: María Jesús, Chema y Alicia, quienes, desde la quietud de ese fantástico rincón del saber antiguo, han sido testigos de cómo elaboré buena parte de este libro mientras saqueaba incansablemente las fuentes y libros de sus estantes. Asimismo, agradezco la gentileza a Javier Setó y al resto del personal de Alianza Editorial por su estupenda dedicación. Y, por supuesto, quisiera rendir homenaje a mis padres, Ángel y Aurora, y a mi hermano Ángel, que maneja un carro muy especial de cuatro ruedas que, sin caballo alguno de por medio, se adscribe a una facción muy particular y exclusiva. *And last but not least*, reitero mi agradecimiento más personal y decidido a Amanda. Va por ti.